



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

23.- La ira y la misericordia de
Dios



unánimes

Estudios Bíblicos

O.23.- La ira y la misericordia de Dios

1. El texto

Romanos 9:19-33

Pero me dirás: «¿Por qué, pues, inculpa? ¿Quién ha resistido a su voluntad?» Pero tú, hombre, ¿quién eres, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: «Por qué me has hecho así»? ¿Acaso no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?

¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción? Él, para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria. A estos también ha llamado, es decir, a nosotros, no solo de los judíos, sino también de los gentiles.

Como también en Oseas dice:

«Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada.

Y en el lugar donde se les dijo: “Vosotros no sois pueblo mío”, allí serán llamados “hijos del Dios viviente”».

También Isaías proclama acerca de Israel: «Aunque el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, tan solo el remanente será salvo, porque el Señor ejecutará su sentencia sobre la tierra con justicia y prontitud». Y como antes dijo Isaías:

«Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, como Sodoma habríamos venido a ser, y a Gomorra seríamos semejantes».

¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mientras Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la Ley, de modo que tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito:

«He aquí pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de caída; y el que crea en él, no será defraudado».

2. Introducción

Pablo ha mostrado que, a lo largo de toda la historia de Israel, se ha venido produciendo el proceso de elección y selección de Dios. Cuando el alfarero hace una vasija, ésta no puede hacerle sugerencias ni discutirle su destino; el alfarero tiene poder absoluto sobre la arcilla para hacer de ella algo destinado a un uso honorable o vulgar, y la arcilla no tiene derecho a protestar. Pablo en realidad tomó este ejemplo del profeta Jeremías, que es un ejemplo de la paciencia de Dios, que no descarta la masa rebelde, sino le da una nueva forma.

Jeremías 18:1-6

Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: «Levántate y desciende a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras». Descendí a casa del alfarero, y hallé que él estaba trabajando en el torno. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en sus manos, pero él volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla.

Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo: «¿No podré yo hacer con vosotros como este alfarero, casa de Israel?, dice Jehová. Como el barro en manos del alfarero, así sois vosotros en mis manos, casa de Israel.

3. La voluntad secreta y la voluntad revelada de Dios

Pero me dirás: «¿Por qué, pues, inculpa? ¿Quién ha resistido a su voluntad?»

La objeción proviene de no distinguir entre la voluntad secreta (de decreto) de Dios y la revelada (de precepto). Por supuesto, el hombre no puede hacer nada respecto a la primera. Pero se lo juzga cierta y correctamente responsable por lo que hace respecto a la última. Este doble hecho es expuesto claramente en dos pasajes fáciles de recordar:

Deuteronomio 29:29

Las cosas secretas pertenecen a Jehová, nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, a fin de que cumplamos todas las palabras de esta Ley.

Lucas 22:22

A la verdad el Hijo del hombre va, según lo que está determinado...

4. El reproche

Pero tú, hombre, ¿quién eres, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: «Por qué me has hecho así»? ¿Acaso no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?

La respuesta reprocha al interlocutor su impudencia, su falta de vergüenza y de sentido. El impugnador cuestiona la justicia de Dios y es por consiguiente un descarado, un arrogante. Olvida que si lo moldeado no tiene derecho de decirle a su moldeador: “¿Por qué me haces así?”, con mayor razón carecen los seres humanos del derecho de dirigirse así a su soberano Hacedor. Este pasaje trae a la memoria varios pasajes bíblicos, veamos:

Job 10:9

Acuérdate de que como a barro me diste forma, ¿y en polvo me has de volver?

Isaías 29:16

Vuestra perversidad ciertamente será reputada como barro de alfarero.

¿Acaso la obra dirá de su hacedor: «No me hizo»? ¿Dirá la vasija de aquel que la ha formado: «No entiende»?

Isaías 45:9

» ¡Ay del que, no siendo más que un tiesto como cualquier tiesto de la tierra, pleitea con su Hacedor!

¿Dirá el barro al que lo modela: “¿Qué haces?”, o: “Tu obra, ¿no tiene manos?”?

Isaías 64:8

Ahora bien, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros somos el barro y tú el alfarero. Así que obra de tus manos somos todos nosotros.

2 Timoteo 2:20

En una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; unos son para usos honrosos, y otros para usos comunes.

Notemos la pregunta: “¿... de la misma masa de arcilla, una vasija para honra y otra para deshonor?” Varios traductores y expositores concuerdan con esta traducción o alguna muy similar. Otros prefieren “para ornamento ... para uso diario”; o “noble ... común”. La diferencia es de poca monta. A favor de la primera alternativa está el hecho que el contexto está repleto de fuertes contrastes, tales como amor, odio; Moisés, Faraón; misericordia, endurecimiento; vasijas de ira, vasijas de misericordia.

La idea principal que Pablo transmite es esta; Si aún un alfarero tiene derecho de hacer de la misma masa de arcilla una vasija para honra y otra para deshonor, entonces ciertamente Dios, nuestro Hacedor, tiene el derecho de escoger, de entre esa misma masa de seres humanos que por su propia culpa se han precipitado en el foso de la miseria, a algunos para vida eterna y dejar que otros permanezcan en el abismo de la ruina.

5. La paciencia de Dios

¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción? Él, para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria. A estos también ha llamado, es decir, a nosotros, no solo de los judíos, sino también de los gentiles.

Este texto hay que abrirlo para analizarlo bien.

5.1. Dios ... soportó con gran paciencia

La paciencia de Dios, su renuencia a castigar a los pecadores, es enfatizada en varios pasajes a lo largo de las Escrituras.

Éxodo 34:6

...— ¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado...

Nehemías 9:17

...Pero tú eres Dios perdonador, clemente y piadoso, tardo para la ira y grande en misericordia, pues no los abandonaste...

5.2. Vasos de ira

¿Quiénes son estos vasos de ira? Es natural, en el presente contexto, pensar en personas como Faraón, el impenitente; en otras palabras, en los impíos. ¡Es reconfortante saber que, como ya se dijo anteriormente, Dios tiene paciencia aun con aquellos que finalmente se pierden! Esta explicación concuerda también con el próximo punto:

5.3. Preparados para la destrucción

Pablo no afirma quién fue el que preparó a esta gente o los maduró para la destrucción. Algunos han extraído la conclusión de que fue Dios. Pero aquí en no se nos dice que fue Dios. Y aunque fuera Dios, ¿no debemos entonces suponer que su acción de endurecer los corazones de ellos, preparándolos así para la destrucción, vino a consecuencia y como castigo de que ellos mismos se habían endurecido? Con todo, no debe considerarse imposible que el apóstol deseara presentar un contraste entre el presente pasaje y en el que sí se menciona el agente activo, para demostrar que aquí que la gente misma—¡en cooperación con Satanás! — en tanto que en el versículo 23, se dice que es Dios quien prepara y lo hace en un sentido favorable.

5.4. ...queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder

Es precisamente a pecadores endurecidos, hombres como Esaú, Faraón y Judas el traidor, impenitentes todos; es decir, a los que hasta el fin rehúsan responder favorablemente a las pacientes exhortaciones de Dios, a quienes Dios muestra su ira y hace conocer su poder.

5.5. Él, para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria.

Esta razón es coordinada de la mencionada más arriba. Ambas modifican la cláusula principal (a. Dios soportó con gran paciencia). Fue precisamente la gran paciencia de Dios para con Faraón y su pueblo, su demora en derramar sobre ellos la plena medida del castigo que merecían, la que aportó la oportunidad de hacer conocer las riquezas de la gloria de Dios derramadas sobre el Israel de esa remota época. Si Faraón hubiese sido destruido inmediatamente, ¿quién se hubiera dado cuenta de la misericordia de Dios para con Israel?

Pero a medida que las diez plagas se sucedían una a una, esa misericordia se hacía cada vez más evidente. Notemos lo siguiente:

- a. Quinta plaga: “Y el Señor hará distinción entre los ganados de Israel y los de Egipto, de modo que ningún animal de los israelitas muera ... Murió todo el ganado de Egipto, mas de los animales pertenecientes a los israelitas no murió ni uno” (Éxodo 9:4-6).
- b. Séptima plaga: “Solamente en la tierra de Gosén, donde estaban los hijos de Israel, no hubo granizo” (Éxodo 9:26).
- c. Novena plaga: “Ninguno pudo ver a ningún otro ni dejó su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones” (Éxodo 10:23).
- d. Décima plaga: “Habrá un gran clamor por toda la tierra de Egipto ... pero entre los israelitas ni un perro ladrará a ningún hombre o animal, para que sepáis que el Señor hace diferencia entre los egipcios e Israel ... La sangre os será por señal en las casas donde vosotros estáis; y cuando yo vea la sangre, pasaré de vosotros” (Éxodo 11:6-7; 12:13).

El mismo principio opera constantemente. Dios siempre soporta con gran paciencia a vasijas de ira, para dar a conocer las riquezas de su gloria que se derraman sobre las vasijas de misericordia.

- e. las riquezas de su gloria: Esta frase se refiere a la gloriosa suma total de todos los atributos de Dios.
- f. (vasos—u objetos—de misericordia) que él preparó de antemano para gloria. La expresión “que preparó de antemano para gloria” nos hace recordar la carta enviada por Pablo a los cristianos en Éfeso:

Efesios 2:10

...pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.

5.6. A estos también ha llamado, es decir, a nosotros,

El llamamiento al cual este pasaje hace referencia es aquella operación del Espíritu Santo por la que aplica el evangelio a las mentes y corazones de los pecadores para que ellos se den cuenta de su culpa, comiencen a entender su necesidad de Cristo y lo acepten como su Señor y Salvador. Es el llamado eficaz, la invitación salvíficamente aplicada al corazón y a la vida.

5.7. ...no solo de los judíos, sino también de los gentiles.

En cuanto a los judíos, y hablando en términos históricos, solamente el verdadero Israel es eficazmente llamado y salvado; esta es una verdad que de muchos modos diferentes el apóstol nos inculca una y otra vez. Verdaderamente hay un remanente. El rechazo de Israel nunca es total o completo.

Pero no sólo judíos, sino también gentiles son salvados. En realidad, Pablo, a lo largo de esta epístola y también en otros escritos, enfatiza la verdad que no hay distinción entre judíos y gentiles. Todos los hijos de Dios constituyen un solo pueblo, la iglesia universal.

6. La restauración de los pueblos

Como también en Oseas dice:

«Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada.

Y en el lugar donde se les dijo: “Vosotros no sois pueblo mío”, allí serán llamados “hijos del Dios viviente”».

Oseas fue un profeta enviado a Israel, el reino de las diez tribus (norte). Profetizó durante lo que podría denominarse la Edad de Oro y el Período del Auge de Asiria. Israel ganaba grandes victorias—¡apresurando la perdición de Israel! La nación parecía un lustroso mueble, dentro del cual la polilla la carcomía. Israel estaba siendo devorada por dentro por la descomposición moral y espiritual.

Desde afuera Asiria, que conquistaba nación tras nación, se iba acercando y amenazaba la existencia misma de Israel. Esa prosperidad de la que alardeaban los israelitas era, por consiguiente, ilusoria.

Por mandato de Dios Oseas se casó con una mujer llamada Gomer. Ella no fue fiel a su esposo. Se transformó en una mujer entregada a la prostitución y concibió hijos de esa prostitución: Jezreel, Lo-ruhama y Lo-ammi (hijo, hija, hijo). Aquí nos ocupamos solamente de los últimos dos. Sus nombres son simbólicos de la condición de Israel según la veía el Señor. Lo-ruhama significa “No mi amado”; y Lo-ammi: “No mi pueblo”.

Oseas, en vez de rechazar a su esposa, se escabulle hasta la guarida de la vergüenza, vuelve a comprarla y misericordiosamente la reintegra a su antigua posición de honor, de modo que “No mi amada” pasa a ser “Mi amada”, y “No mi pueblo” pasa a ser “Mi pueblo”.

Aquí en esta carta a los Romanos, Pablo cita este pasaje de Oseas, invirtiendo las frases, de modo que lo que Oseas había dicho respecto a “No mi amada” se convierte en la segunda frase de Pablo y lo que el profeta del Antiguo Testamento predijo respecto a “No mi pueblo” es colocado en primer lugar por el apóstol. Con todo, el sentido no cambia.

El siguiente renglón de Pablo (“Y sucederá que en el mismo lugar en que se les dijera: ‘Vosotros no sois mi pueblo’, serán llamados ‘hijos del Dios vivo’”) es una cita de lo que en nuestras Biblias aparece en Oseas 1:10b.

Es claro, por consiguiente, que lo que Oseas describe es el pecado, castigo y restauración de Gomer: un símbolo del pecado de Israel, de su castigo y de su restauración al favor divino.

Es claro que Oseas estaba hablando de la restauración de los israelitas (al favor de Dios). No obstante, cuando Pablo hace uso de este pasaje, no impone tal limitación. Él habla de “nosotros, a los cuales él también llamó, no sólo de entre los judíos sino también de entre los gentiles”. Y Pedro, al dirigirse en su primera carta a congregaciones que eran de origen predominantemente gentil, aplica el pasaje de Oseas directamente a convertidos del mundo gentil. Uno podría preguntar entonces: ¿Cómo es posible que Pablo y Pedro tomen un pasaje que predice la restauración de los israelitas y lo apliquen a auditorios en los que predominaban los gentiles?

La respuesta es sencilla: el mismo principio opera en los dos casos. Ya que se trató de la restauración al favor divino de los israelitas o de la conversión de los gentiles o aun de los dos, la causa o fuente de la restauración y salvación es en cada caso la misma. ¡Lo que ocasiona la restauración y la conversión es siempre la gracia activa, poderosa y soberana del Dios Todopoderoso! La regla siempre es: “A ‘No mi pueblo’ lo llamaré ‘Mi pueblo’, y a ‘No mi amada’ (la llamaré) ‘Mi amada’”. Cuando ese principio entra en acción, entonces en el mismo lugar—es decir, en todo lugar—en que se les dijera a los pecadores: “No sois mi pueblo”, ellos serán llamados—y lo serán de verdad—“hijos del Dios vivo”. Lo que se enfatiza en estas citas es la gracia soberana y compasiva de Dios mostrada a quienes—ya sean judíos o gentiles—carecen del derecho de considerarse pueblo de Dios.

La próxima cita se refiere especialmente a Israel. Después de leer u oír este texto, bien podría surgir la pregunta: “¿Tiene Pablo en mente una restauración total de Israel?” La respuesta es clara:

7. El remanente de Israel

También Isaías proclama acerca de Israel: «Aunque el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, tan solo el remanente será salvo, porque el Señor ejecutará su sentencia sobre la tierra con justicia y prontitud».

La cita es del profeta Isaías:

Isaías: 10:22-23

Porque aunque tu pueblo, Israel, sea como las arenas del mar, el resto de él volverá; la destrucción acordada rebosará justicia.

Pues el Señor, Jehová de los ejércitos, consumará el exterminio ya determinado en medio de la tierra.

El profeta predice que, debido a la invasión asiria, Israel será grandemente reducida en número. La nación que una vez fue tan numerosa como la arena del mar quedará reducida a un remanente. Sí, solamente un remanente regresaría.

A esta altura debemos cuidarnos de no cometer un error en nuestra interpretación. Es bastante común decir que Pablo comienza ahora a espiritualizar, al expresar que solamente el remanente será salvo. No obstante, una mirada cuidadosa a la profecía misma de Isaías demuestra que éste de ningún modo restringe su profecía a la predicción de un regreso físico del cautiverio, sino que afirma que el remanente regresará “al Dios fuerte”. Se apoyarán en Jehová, se confiarán en el Señor. De manera que Pablo reproduce exactamente el pensamiento de Isaías cuando dice que del número total de israelitas solamente el remanente será salvo. El apóstol agrega que el Señor llevará a cabo su sentencia “cabalmente y con brevedad” o “con vigor y celeridad”. En los días de la profecía de Isaías los rigores de la guerra, la deportación, la vida en un país extraño bajo condiciones difíciles, la muerte por la espada o ver a los amigos y parientes de uno así asesinados, todo esto debe haberse visto incluido. Cuando Pablo, guiado por el Espíritu Santo, utiliza este lenguaje, es difícil creer que la caída de Jerusalén del año 70 d.C. no estuviese, al menos en parte, presente en el cuadro que Pablo pinta.

8. La descendencia

Y como antes dijo Isaías:

«Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, como Sodoma habríamos venido a ser, y a Gomorra seríamos semejantes».

Entonces, lo que Isaías dice y Pablo repite tras él es esto: Se debe exclusivamente al amor perdonador de Dios y a su cuidado providencial que el pueblo—los escritores se incluyen a sí mismos y a aquellos a quienes se dirigen; nótese el “nos”—no haya quedado como Sodoma y Gomorra. Es imposible, por cierto, encontrar un rechazo más fuerte de todo mérito o pretensión personal, ya que estas ciudades eran consideradas la culminación misma de la maldad.

Cuando una persona repasa el terreno cubierto en este capítulo, se sorprende del gran número de citas bíblicas. Es como si Pablo estuviese a propósito manteniendo sus propios juicios en suspenso, a fin de que sus lectores y oyentes puedan ver por sí mismos lo que Dios había estado diciendo en el pasado. Y si aún Pablo, que al fin y al cabo estaba divinamente inspirado, hace este uso de la Escritura, ¿no debiéramos hacerlo nosotros hoy en día? ¿No es una predicación tanto más poderosa y efectiva si el predicador puede demostrarle al auditorio que: “Así dice el Señor”?

También aquí, como con frecuencia ha sucedido en ocasiones anteriores, la lección es esta: Ciertamente queda una descendencia, un remanente, por la soberana gracia de Dios. El rechazo de Israel no es total. La elección sigue teniendo su efecto.

9. La conclusión de Pablo

¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mientras Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la Ley...

Aquí Pablo expresa la conclusión a la que ha llegado en base a su razonamiento previo. La conclusión se resume así: los gentiles—es decir, los gentiles que han abrazado a Cristo—han alcanzado una situación de justos ante Dios. Sin embargo, ellos previamente no habían estado buscando la justicia en el único lugar donde se la podía hallar. En ese entonces ellos habían estado viviendo en las tinieblas morales y espirituales. Pero cuando oyeron el evangelio, muchos de esos gentiles, por la gracia de Dios, lo aceptaron y así alcanzaron la justicia. No obstante, no era una justicia basada en su propia bondad ante los ojos de Dios. Era la justicia de Dios, apropiada por esa fe que Dios les dio. Era una justicia comprada por la sangre redentora de Cristo.

Israel, por el contrario, aunque había estado siempre a la busca de la ley de justicia, fervorosamente tratando de alcanzarla—algo bueno en sí mismo—no había podido alcanzarla. Siempre había eludido a Israel. ¿Por qué? Porque (la buscaban) no por la fe sino confiando en (sus) obras.

Por supuesto, no hay nada de malo en tratar de lograr un estado de justicia ante los ojos de Dios. El problema con Israel era que esta gente partía de la presuposición falsa de que, esforzándose mucho, mucho, ellos podrían, algún día, obedecer toda la ley de Dios, de modo que llegasen a exclamar: “¡Éxito! ¡Lo logramos!” Pablo predica un evangelio totalmente diferente. La ley, con su inexorable demanda de perfecto amor y obediencia, debiera haber impulsado a cada israelita a ir a Dios con la ferviente oración: “Oh, Dios, ten piedad de mí, pecador”. En vez de ello, Israel dio por sentado que los hombres podrían, por su propia fuerza y en base a sus propios recursos cumplir las demandas de la ley.

Resultado: aunque siempre buscando, Israel nunca logró lo que buscaba. La ley siempre estuvo más allá del alcance de Israel. No podía ser alcanzada.

10. La piedra de tropiezo

...de modo que tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito:

«He aquí pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de caída; y el que crea en él, no será defraudado».

Pablo va ahora a la raíz misma de la incapacidad de Israel para lograr la justicia. Tropezaron contra—o en—la piedra de tropiezo. No llegaron a reconocer a Cristo como su Salvador. Por supuesto, en tanto que Israel confiase en las obras, no podía abrazar a Cristo. La opción era entre la una y el otro. No podía ser ambos.

Para los judíos Cristo era una piedra de tropiezo. Por cierto, también para más de un gentil Él era una necedad. Pero en términos generales, los judíos eran mucho más tozudos en su creencia de que habían hallado la solución al problema de obtener el estado de justicia ante Dios. Y su falta de correr humildemente a refugiarse en Cristo y abrazarlo por la fe resultó ser su ruina, su perdición.

Las palabras citadas por Pablo aquí son una combinación de dos pasajes bíblicos ambos del profeta Isaías:

Isaías. 28:16

Por eso, Jehová, el Señor, dice así: «He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable...

Isaías 8:14-15

Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, por tropezadero para caer y por lazo y red al morador de Jerusalén. Muchos de entre ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados; se enredarán y serán apresados.

Hábilmente Pablo combina la esencia de ambos en su cita. Si bien en Isaías 8:14 es el Señor de los ejércitos a quien se describe como piedra de tropiezo, el apóstol no vacila en aplicar este pasaje a Jesús. La solución: ¡Cristo es Dios!

La búsqueda de la ley por parte de Israel, como si una persona pudiese ser salva observando la ley, implicaba una falta de disposición para aceptar la justicia ofrecida por Dios en base a la obra redentora de Cristo. Los gentiles, por otra parte, habían aceptado a Cristo por fe en grandes números. Como notamos anteriormente, también la iglesia de Roma consistía en su mayor parte de convertidos del mundo gentil. Pablo afirma que al poner su fe en Cristo ellos no desmayarán ni serán avergonzados.

El punto que más cabe enfatizar aquí es este, que la verdad que aquí se afirma tiene vigencia tanto para el judío como para el gentil. ¿No es acaso una afirmación en lenguaje profético, y también ahora en lenguaje paulino, de la preciosa verdad comprendida en el famoso texto del evangelio de Juan?

Juan 3:16

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna.

11. Resumen del Capítulo 9

Pablo comienza este capítulo declarando solemnemente que la incredulidad de Israel y su consiguiente rechazo son para él una carga pesada. Tan genuina, profunda y conmovedora es su angustia que dice: “Desearía yo mismo ser maldito (y apartado) de Cristo por amor a mis hermanos, mis compatriotas según la carne”.

Lo hondo de la tragedia de Israel y de la pena de Pablo se hace especialmente clara cuando se enumeran las ventajas que permitieron a esta nación colocar a todas las otras a su sombra. Y ciertamente la mayor de éstas viene de los versículos 1 al 5: “... de ellos proviene, en lo que se refiere a su naturaleza humana, Cristo, que está sobre todo Dios bendito para siempre. Amén”.

De los versículos del 6 al 13 Pablo se expande: Nadie debe imaginarse, sin embargo, que el rechazo de Israel significaba que la Palabra de Dios, su promesa a Israel había fracasado. Lo cierto es que esta promesa nunca había tenido por objeto su cumplimiento en la nación como un todo. Apuntaba al verdadero Israel, el cuerpo de los escogidos de Dios de entre los israelitas: “No todos los que son de Israel son Israel”. Este verdadero Israel incluye a Jacob, pero no a Esaú. Incluye a todos aquellos, y solamente a aquellos, que son nacidos del Espíritu. Al fin de cuentas, quienes son estos verdaderos israelitas está determinado por el eterno decreto de Dios. “A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí”.

En los versículos del 14 al 18, Pablo dice: “Así pues no depende ello [probablemente nuestra salvación] de la voluntad o del esfuerzo (del hombre) sino de la misericordia de Dios”. Después de las primeras seis plagas, Dios había perdonado la vida de Faraón para poder, por medio de las plagas restantes, mostrar más que nunca su poder en relación con el derramamiento de su ira sobre el rey de Egipto y su pueblo, a fines de que el nombre de Dios fuese proclamado en toda la tierra. Es evidente que Dios no debe ser acusado de ser injusto cuando endurece el corazón de una persona que se ha endurecido a sí misma contra su Creador. Sea que Dios muestre misericordia a tal persona o que lo endurezca es algo que le corresponde a Él decidir.

En los versículos del 19 al 24, Pablo prosigue: “Entonces me dirás: ‘¿Por qué, todavía, inculpa [Dios]? Porque, ¿quién resiste a su voluntad?’ ” El que objeta olvida que Dios ciertamente tiene derecho de inculpar al hombre que desobedece la voluntad revelada de Dios. Además, “¿Quién eres tú, oh hombre, para replicarle a Dios? ¿Dirá lo que es moldeado a su

moldeador: ‘¿Por qué mi hiciste así?’”

Hay dos hechos que se destacan en el trato de Dios para con la gente:

- a. Él trata con gran paciencia a los objetos de su ira.
- b. Mientras hace esto, Él no se olvida de sus escogidos, los objetos de su misericordia. De hecho, “Dios ... soportó con gran paciencia objetos [vasijas] de ira ... para dar a conocer las riquezas de su gloria (prodigadas) a objetos [vasijas] de misericordia, que Él preparó de antemano para gloria, aun nosotros, a quienes Él también llamó [atrajo eficazmente a sí], no sólo de entre los judíos sino también de entre los gentiles”.

Pablo ahora pasa, en los versículos del 25 al 29, a citar profecías de Oseas. El apóstol demuestra ahora que así como para los israelitas de la antigua dispensación había una promesa de restauración, del mismo modo también ahora tiene vigencia esa promesa de restauración al favor de Dios. No obstante, con una cita de Isaías, Pablo enfatiza que él no está hablando de una restauración nacional sino de la restauración del remanente. Él dice: “Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, (sólo) el remanente se salvará”. También añade el apóstol, por medio de una cita de Isaías: “Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una descendencia, hubiéramos llegado a ser como Sodoma y hechos semejantes a Gomorra”.

La conclusión a la que Pablo llega es que, si bien anteriormente los gentiles no habían buscado ser justos ante los ojos de Dios, ellos habían obtenido la justicia: es decir, ellos habían por fe aceptado al Cristo del evangelio.

Por el contrario, Israel, aunque siempre anduvo buscando (tratando de cumplir) la ley de justicia, no había alcanzado ser justos ante los ojos de Dios. ¿Por qué? Porque habían confiado en sus alardeadas obras y en sus imaginados méritos, en vez de poner su confianza en Cristo. Él, la preciosa piedra angular, se transformó para ellos en piedra de tropiezo y roca de escándalo.

Pablo concluye este capítulo con otra cita de Isaías: “Pero el que pone su confianza en él no será avergonzado”. Como se ve, el apóstol no se ha olvidado de su tema principal.

12. Conclusión

Fue con angustia de corazón como Pablo escribió este pasaje. Se enfrentaba con el hecho desconcertante de que el mismo pueblo de Dios, sus propios parientes, habían rechazado y crucificado al propio Hijo de Dios. De todas maneras, Pablo no termina así su argumento. Continúa diciendo que el que los judíos hayan rechazado al Mesías ha sido con el fin de que se les abriera la puerta a los gentiles.

Pablo estaba discutiendo con los judíos y sabía que la única manera de reforzar su argumento era con citas de sus Sagradas Escrituras; así es que pasa a citar textos que prueben que el que Cristo fuera rechazado por los judíos y aceptado por los gentiles había sido de hecho anunciado por los profetas.

Oseas había dicho que Dios haría que fuera pueblo Suyo uno que no lo era y que serían llamados hijos de Dios; e Isaías había previsto una situación en la que Israel sería eliminado si no fuera por un remanente. Su argumento es que Israel podría haber previsto su ruina si hubiera tenido entendimiento.

¿Qué podemos decir a esto? Que los gentiles, que no estaban buscando estar en la debida relación con Dios, la han recibido, una relación que es el resultado de la fe; mientras que Israel, que estaba buscando una ley que produjera la debida relación con Dios, nunca consiguió encontrarla. ¿Y por qué? Porque estaban intentando entrar en una buena relación con Dios, no confiando en Dios, sino dependiendo de sus propios logros humanos. Tropezaron en la Piedra que hace tropezar a los hombres, como está escrito: «He colocado en Sión una Piedra que hace tropezar a la gente, una Roca que los hace vacilar; pero el que crea en ÉL no será defraudado.»

Aquí Pablo traza un contraste entre dos actitudes para con Dios. La de los judíos pretendía alcanzar la debida relación con Dios mediante el propio esfuerzo. Dicho de otra manera, para que quede claro lo que quiere decir: fundamentalmente, la idea de los judíos era que un hombre, mediante la estricta obediencia a la Ley, podía llegar a tener una cuenta positiva con Dios, con el resultado de que Dios estaría en deuda con él y le debería la Salvación.

Pero estaba claro que siempre era una batalla perdida, porque la imperfección humana no podía nunca satisfacer la perfección de Dios; nada que el hombre pudiera hacer por Dios podría ni empezar a devolverle a Dios lo que ha hecho por el hombre.

Eso es precisamente lo que Pablo descubrió. Como él decía, los judíos se pasaban la vida tratando de satisfacer una Ley cuya obediencia les dejara en paz con Dios y nunca lo conseguían, porque tal cosa era imposible.

Los gentiles no estaban empeñados en tal empresa; pero, cuando se encontraron de pronto cara a cara con el amor increíble de Dios manifestado y ofrecido en Jesucristo, sencillamente se arrojaron en los brazos de tal amor con entera confianza. Fue algo así como si los gentiles vieran la Cruz y dijeran: “Si Dios me ama de tal manera, puedo confiarle mi vida y mi alma”.

El judío trataba de hacer que Dios quedara en deuda con él; el gentil estaba contento de estar en deuda con Dios. El judío creía que podía ganarse la salvación haciendo cosas para Dios; el gentil se sumía en la admiración de lo que Dios había hecho por él. El judío trataba de llegar a Dios por sus obras; el gentil llegaba a Dios por el camino de la confianza.

La cita que hace Pablo en el texto que estamos estudiando, combina Isaías 8:14 y 28:16. Los cristianos entendieron que su significado era que Dios se había propuesto que Su Hijo fuera el fundamento de la vida de todos los hombres; pero cuando Él vino, los judíos le rechazaron; y el rechazar al don de Dios que era para su Salvación se convirtió en la causa de que quedaran excluidos. Esta figura de la piedra aparece varias veces en el Nuevo Testamento.

La verdad eterna que contiene este pensamiento es que Jesús fue enviado al mundo para ser el Salvador de los hombres, pero es también la piedra de tropiezo por la que son juzgados.